

JUAN REJANO

Escenas de Ballet

MEXICO

1941

P E R S O N A J E S

El Adolescente

La Muerte

La Primavera

Las Sombras Mortales

Los Cortejos Primaverales

El Alba

El Viento

Los Espíritus de la Noche

La Luna

Las Constelaciones

Las Brumas

ESCENIFICACION

(El campo en abril. Sobre una pradera, durmiendo, el Adolescente. A su lado, el hatillo de viaje, de un viaje sin rumbo y sin término previstos, como es la vida del hombre. Cerca, una fuente. Las montañas y colinas que rodean el lugar están cubiertas por las brumas como cuerpos en reposo. Va a amanecer. La luz, indecisa, comienza a luchar con las sombras. Hay ese silencio y esa vagoriedad que preceden al nuevo día.)

Escena I

Los Espíritus de la Noche, formas borrosas, casi sin contorno, a veces semejando cuerpos sensuales de mujer, a veces figuras siniestras, aparecen trayendo entre ellos el cuerpo espectral, desvaído, de la Luna, que ya va a ocultarse, y los de las Constelaciones, que también se apagan por momentos. La Luna y las Constelaciones se mueven con desmayo, dejándose llevar de sus acompañantes y casi esfumándose entre ellos. Los Espíritus de la Noche lo hacen, en cambio, como si los encendiese un delirio extraño, un salvaje deseo de vida, mezclado a un presentimiento de cercana muerte. La claridad que llega debilita la intensidad de sus cuerpos; pero una movilidad, que en ocasiones es como una furia, se apodera de ellos: se agitan, imploran, caen a ratos en una especie de convulsión o de agonía. Al fin, las Constelaciones mueren en brazos de los Espíritus que, aterrados, estallan en gestos de dolor y salen con ellas, formando un funeral cortejo.

Escena II

Queda la Luna irradiando una palidez cadavérica. La Luz va asomando tí-

midamente. Aparece el Alba, personaje de indecisas luces, como un fantasma de rasgos fabulosos y gran cabellera. Las manos del Alba van despertando y levantando a las Brumas, cuerpos semidesnudos cubiertos de tules, que duermen en las montañas y que peresozamente van bajando a la pradera. Al divisar el Alba a la Luna, se acerca a ella y, en movimientos cada vez más intensos, trata de desvanecerla. La Luna se resiste, huye de la proximidad del Alba, que quiere como absorberla y fundirla a su cuerpo. Las Brumas, entonces, se interponen, y la Luna desaparece. El Alba la busca agitadamente, va de un lado a otro por hallarla de nuevo y reducirla. Cuando al fin se da cuenta de la desaparición, alza sus grandes brazos contra las Brumas, a las que considera culpables, y comienza a ahuyentarlas, con marcados gestos de enojo. Las Brumas, primero despacio, después aceleradamente, escapan de su fantasmagórica presencia.

Escena III

Al quedar el Alba en soledad, mira con ternura a las cosas que la rodean, y va hacia cada una de ellas como queriendo impregnarlas de luz, de nueva vida. Se acerca a la fuente, se contempla primero en ella con coquetería, y después moja la abundante cabellera, sintiendo la delicia fría del agua. Un fuerte estremecimiento en la sangre le troca la ternura en ardoroso deseo, bajo cuya súbita expresión se esfuma. Su larvada naturaleza deja paso al esplendoroso sér de la mañana.

Escena IV

El Adolescente duerme aún. Con la mañana primaveral va despertando en todo el campo un hálito sensual. La naturaleza entera, en graduales estremecimientos de vida, parece recrearse en el dormido cuerpo juvenil. De la tierra se levanta como un himno mudo para sellar la unión de esta vida radian-

te con la radiante expresión de cada brote, de cada latido. Las hojas se des-
perezan lánguidamente en las ramas; la tierra se esponja como después de un
baño perfumado; el agua cercana dice una canción de suaves trémolos; el aire
pasa con un aroma de inocencia...

Escena V

Por distintos caminos, llegan la Muerte y la Primavera: una, como surgi-
da sin saber de dónde; otra, como una ofrenda de la tierra. Se encuentran y, tal
si fuesen viejas amigas, como niñas llenas de candor, se enlazan por el talle
y se cuentan historias de amor; bellas historias que fluyen como un torneo
amatorio donde las "víctimas" son incontables. (La Muerte asomará sus huesos
lívidos a través de una extraña indumentaria: mezcla de dama medieval y de re-
ligiosa profesora. La Primavera lucirá una cabellera verde de hojas y un cuer-
po de ave y de flor.) Entre la Muerte y la Primavera hay un duelo callado,
sordo, que no llega a salir al exterior. Es el diálogo inacabable, irreconcilia-
ble, de la sangre y la ceniza, del renacer y el desaparecer, que a veces llegan
a unirse, a fundirse incluso, en una misma angustia, que se disfraza, por no es-
tallar, con la máscara familiar de la amistad.

Escena VI

De pronto, la Muerte y la Primavera se dan cuenta de la presencia en sue-
ños del Adolescente. Corren hacia él a un mismo tiempo, lo contemplan con cu-
riosidad y, después de contemplarlo una y otra vez, expresan gozosamente el
alborozo que les causa el encuentro de aquel hermoso sér. Un amor violento,
como una brasa que se levanta en llamas, se apodera de la Muerte y la Primave-
ra: en aquélla, como un sentimiento desesperado, arrebatado; en ésta, como un
impulso natural, lleno de fuerza instintiva. Cada una quiere adueñarse del Ado-
lescente, cogerlo en sus brazos, huir con él. El amor, encendido en celos, hace

que se lo disputen apasionadamente y que esta disputa se convierta en franca rivalidad.

Escena VII

Está a punto de estallar el duelo en cólera, cuando despierta el Adolescente y, al verlas, intenta huir, asustado, buscando dónde guarecerse. Pero la Muerte y la Primavera van hacia él y lo detienen. Su pasión toma entonces formas de astucia, para atraerse al joven. La Muerte, maliciosa y sabia, emplea argucias de picardía: danza con un aire provocativo, insinuándose y mostrando levemente falsos encantos íntimos; la Primavera, confiada ingenuamente en el poder sensual de su belleza, danza también, impulsiva y deslumbrante. El Adolescente va de una a otra figura como hechizado. Sus movimientos son de autómeta. Más que la realidad que tiene ante los ojos, lo que lo deslumbra es el misterio que se desprende de ella.

Escena VIII

La Muerte, deseosa de ganar la partida, acude a un ardid: llama en su apoyo a las deidades de su invisible reino, a las Sombras Mortales, que se presentan con las engañosas galas de seres maravillosos. Una mezcla de irresistible atracción y repugnancia inviste sus cuerpos. Al llegar, la luz del día va haciéndose gradualmente opaca hasta quedar en un tono gris uniforme. El lugar, al soplo de la voluntad mortal, se transforma en una especie de paisaje lunar, donde las cosas aparecen apagadas, yertas, y, sin embargo, late bajo ellas como el recuerdo de una sangre, de una vida anterior. Todo ello acentúa el misterio a los ojos del Adolescente, que se va entregando a él, cada vez más decidido. La Muerte, sintiéndose segura entre sus cortejos, redobla su obra de conquista. Llena los asombrados ojos del Adolescente de la envenenadora visión de las Sombras Mortales que, una y otra vez, pasan ante ellos en fascinante danza; y

ella misma busca, a través del aire secreto que rodea su cuerpo, decidir la prueba: en cada ocasión que logra atraerse al Adolescente, lo envuelve entre los velos letales de su sugestión y hace que lo rodeen, acariciándolo, las Sombras de aparental belleza. Por fin, algunas de las sombras mortales forman como un escabel de cenizas donde la Muerte se sienta presidiéndolo todo, y logra que el Adolescente, fatigado por la propia tensión de lo misterioso, se recline a sus pies.

Escena IX

Pero la Primavera no ha abandonado la lucha. Como la Muerte, llama también a los seres de su reino, y entonces llegan los Cortejos Primaverales: pájaros, flores, mariposas, etcétera. Los Cortejos irradian una luz azul y oro, que contrasta con el gris ceniza del lugar. La Primavera muestra sus familiares al Adolescente y aumenta sus seducciones para vencerlo. Los Cortejos Primaverales lo rodean, tratan de embriagarlo descubriéndoles el mundo de sus colores, de sus músicas, de sus aromas, el espacio infinito de su libertad; la Primavera, más encantadora que nunca, lo enlaza en sus brazos, mostrándoselos como dos caminos de felicidad: el amor y la vida. El Adolescente vacila. Siente como un impulso natural que lo arrastra hacia la hermosura primaveral. Pero su alma está encadenada al misterio de la Muerte, y ésta, que lo advierte, le tiende con más dulzura sus equívocas redes para que caiga en ellas.

Escena X

Cuando parece que va a decidirse la terrible suerte del Adolescente, se oye a lo lejos una voz penetrante, que se va haciendo poderosa y ancha a medida que se acerca. Es el Viento que llega, el Viento con sus devastadoras alas y su ululante canción bajo ellas. Todo se estremece y tiembla a su proximidad. Cuando por fin se presenta, su impulso incontenible desnuda a la Muer-

te y a sus acompañantes del engañoso disfraz de hermosura que las cubre. Los Cortejos Primaverales huyen. Las Sombras Mortales, al ser desposeídas de su irreal belleza, se convierten en figuras de piedra, que acentúan en el paisaje el apagado aire de fosilización. Quedan la Muerte y la Primavera en toda la desnudez de su verdad: la Muerte fría y horriblemente descarnada; la Primavera reducida a instinto y hermosa simplicidad. El Adolescente, ya sin la venda del misterio, siente como un vivo dolor, mezclado a una extraña melancolía. Se recobra, al poco, y dirige sus pasos hacia la Primavera, con ánimo de entregarse a ella, en una nueva voluntad de amor; pero el Viento lo arrebató entre sus brazos y se lo lleva, mientras la Muerte ríe sarcásticamente y la Primavera expresa su dolor y su desesperación.

T E L O N

ACOTACIONES COMPLEMENTARIAS

Conviene advertir, para la interpretación de este ballet, que su idea central es el misterio. El misterio como motivo constante de seducción y de angustia para el hombre. Por eso, en la lucha de la Muerte y la Primavera, aunque ésta sea también un misterio lleno de presentimientos a veces mortales, es la Muerte la que está a punto de triunfar.

El Adolescente es el único personaje real de la anécdota. Los demás, como puede deducirse de la lectura de la misma, son abstracciones y como tales deben desenvolverse, aunque algunas tengan apariencia humana.

En cuanto a los efectos escénicos en que abunda la obra, es preciso que se realicen con el mayor cuidado y ajuste, para lograr el fin que se persigue, esto es, dar la sensación de sueño o de magia como marco donde han de moverse unos sentimientos que, en muchos casos, son casi indefinibles.

De todos los figurines que luzcan en el ballet el único que se ajustará a un modelo real será el del Adolescente. Claro que, dada la naturaleza de la acción y para conseguir una unidad plástica, conviene no encuadrarlo en la época actual. Sugerimos, a este propósito, el Retrato de un doncel anónimo, de Boticelli.